



El escritor Enrique Vila-Matas, fotografiado en Barcelona por Julián Martín.

más conocida, a la que pertenece *El mal de Montano*. “Podría decir que, en mi caso, es el mismo libro, pero distinto. A Simenon le dijeron que sería genial el día en que hiciera una obra con treinta personajes. Y él replicó que ya estaban en toda su obra, yendo de un libro a otro. Que así era como había que entenderlo. Pues siento que me sucede algo parecido. La gran novela es la obra completa. A Marsé también se lo dicen. Creo que los que me conocen saben que mis libros se desarrollan de forma ilimitada. Si no fuera así estaría acabado hace tiempo”, explica con voz tenue, pero contundente. Y es entonces cuando no puedo dejar de mencionar uno de sus temas favoritos. El escritor ágrafo. O el escritor lleno de literatura que no puede zafarse de ella. Y la idea, algo obsesiva, del fracaso. “Necesito pretextos para hablar de la vida, de todo lo demás. Es lo que pasa en esas novelas negras que se basan todas en la época de la Ley seca. Realmente es un pretexto para poder hablar de todo. Si pongo de protagonista a un carnicero, me va mal para lo que yo quiero contar. Por eso pongo un editor, o un escritor, claro. Busco una obsesión

para agotarla. Creo que no tengo obsesiones. Las que busco en literatura, son falsas. Nunca he querido cometer suicidio, ni he estado enfermo de literatura, ni he querido desaparecer... Son cosas que le pasan a mis personajes. Pero no a mí. Y con el fracaso pasa lo mismo. Piglia dice que cuando yo publico un libro se lanza a buscar en qué obsesión me habré metido esta vez. Pero la obsesión es lo que mueve al héroe en las novelas, ¿no es así? Es el motor que me lleva a escribir”, explica. Hay autores, que Vila-Matas cita, que sí sufrieron esas obsesiones. Y como su obra es fuertemente metaliteraria, la obsesión falsa y la real se dan a menudo la mano. “El que cuenta el libro no soy yo. Es otro. Pasa en *El mal de Montano*. Y el que escribe tiene sus gustos, sus aficiones, sus obsesiones, que yo no siempre comparto. Establezco un juego que me hace reír. Mi obra, en los últimos años, es irónica, es paródica. Hay que partir de esto. Me encanta introducir falsedades... cosas inventadas... cada vez pongo más citas inventadas... me divierte muchísimo. También lo hago en los artículos: “cada vez que hago

una novela espero que me la termine mi limpiabotas”, escribí el otro día que había dicho alguien. Y es inventado, pero me gusta. Lo cierto es que quien dice eso es alguien que tiene problemas con el final de sus novelas. En *El mal de Montano* me ocurrió, supe que la novela no tenía final. Y ahí es donde sabes que tienes que resolver un problema”, sigue argumentando Vila-Matas, cada vez más divertido. “Me encanta tener problemas en la construcción de la novela, después de todo”.

EL MAL DE MONTANO tiene cosas del *Quijote*, y Vila-Matas hace gui-

“Marguerite Duras me dio normas para ser escritor. Pero no las he seguido”

“Me pasé mucho tiempo en París leyendo aquellas teorías de ‘Tel Quel’”

ños a la obra de Cervantes. “No entendieron en la traducción lo de la ‘triste figura’, por ejemplo, aunque luego se rectificó”, dice de pasada. “Llevaba media novela escrita y me di cuenta de que, como en el *Quijote*, esto era el discurso de un loco. Por eso supe que necesitaba un contraste, alguien que llevase al protagonista hacia una cierta cordura. Bueno, eso es lo que hace Sancho en el *Quijote*, ¿no? Antes incorporaba más biografía falsa que ahora, estoy en otra etapa. Bueno, o quizás no. Una vez empecé a decir a varios amigos en Barcelona que quería volver a escribir cosas raras. Quería ser raro como era antes. Y me hicieron ver que eso era lo verdaderamente raro. Intentar volver a una antigua rareza, así que no me preocupara”, dice, otra vez, desde el humor profundamente cáustico. Hablamos también de otros autores cercanos para él. Rodrigo Fresán, por ejemplo. Javier Marías. “Nos conocimos con veinte años. Me lo presentó Michi Panero”. “Por cierto, pensando en lo que a veces se le ha hecho a Marías, me molesta mucho que en este país se antepongan aspectos locales, como si alguien cae bien o mal, a la verdadera calidad del escritor. Pero bueno, a veces tu país deja de ser tu referencia directa. Uno a veces ya no piensa tanto en eso. Yo creo que mi centro está ahora mismo en otro lugar, y ya no preocupa tanto lo que pueda decir de mí el crítico de un periódico importante. Y la verdad es que la crítica no me ha tratado mal”, deja caer, complacido, como quien deja caer una piedra. “Ahora, no me importa reconocer que una novela mía fue pésima... como algunas de mis primeras novelas, menos la segunda y la quinta. Quiero creer en la evolución, en la mejora. Si te dicen que tu mejor obra es la primera, te sientes hundido. Menos mal que no me ocurrió eso de que todos alaben tu primera obra como la mejor posible. Si me hubiera pasado me hubiera dedicado a pasearme por Barcelona vestido como una especie de Marcel Duchamp catalán, esperando a que alguien me parase por la calle y me preguntase por qué no escribía. Porque no tengo ideas, le diría, como decía Duchamp”.

LA ENTREVISTA discurre con tranquilos meandros sobre la llanura de la tarde. La ironía queda en la taza del café, y puede leerse en ella, como en los posos. Hablamos de muchas cosas. De casi todas. Pero Enrique Vila-Matas está a punto de irse. Como los últimos pájaros de la sobremesa nos sobrevuelan otras obsesiones inventadas o no. Y lugares comunes de su estética. Su afición por las teorías, por ejemplo. Todo ese afán ensayístico y teoriza-

dor de Vila-Matas, que, como pasa con las citas falsas, tiene algo de gran broma, de gran impostura. “Todo empezó en París, cuando llegué en el año 74. Se había acabado la novela. Lo decían los de *Tel Quel*. Yo me encerraba en mi buhardilla y me ponía a leer aquello, y no entendía nada. Decían que no había que escribir novelas, que primero había que teorizar. Y de ahí viene lo mío. Recuerdo un arquitecto italiano que se dejaba caer por Barcelona, y por París, que escribía libros sobre arquitectura, pero no había construido un solo edificio. Yo generé tanto respeto por la teoría que estuve a punto de no escribir. Luego entendí que todo era una tontería increíble. Si tu estás enamorado, tienes que hacer el amor. No teorizar sobre el amor. Entonces tal vez es verdad lo que dices... tan vez tengo una obsesión. La obsesión de los años sesenta, cuando en París intenté imbuirme de las teorías de *Tel Quel*. Pero me ha dado juego. Una vez, en una cena con Robbe-Grillet en Barcelona, me confesó que toda su teoría era una enorme diversión, una enorme provocación, pero tenía un propósito: que la literatura fuera más viva”, remata, una vez más, satisfecho de su propia provocación.

TERMINAMOS hablando de París. De su escapada a París. “Algo expliqué de eso en *Paris no se acaba nunca*, pero quedan muchas cosas por decir de aquellos años. Quería que se dejara de hablar de que yo había sido inquilino de Marguerite Duras. Me había alquilado la buhardilla. La hija de Picasso era amiga mía en París, por ejemplo, pero interesaba lo de *la Duras*. Al verme me ofreció su buhardilla a un precio módico, quizás porque yo no tenía por entonces casa en Barcelona. Decidí ir a vivir a París para tener casa, y no es una *boutade*. Me dio normas para ser escritor. No las he seguido. Me quedé perplejo con las normas que me dio. Me pareció, con lo que me dijo, que escribir iba a ser muy difícil. Un día me pasó los poemas de José Miguel Ullán, esto no lo he contado hasta ahora. Sí que se lo conté, años después, a Ullán en Madrid. José Miguel Ullán era amigo suyo y vivía en París. Y se trataba de que yo dijera si aquellos poemas estaban bien o no. Era una doble prueba. Saber si yo sabía comentar poemas y saber qué opinaba de Ullán. Pero nunca le dije nada a Marguerite. Así que durante semanas el destino del gran poeta estuvo en mis, manos o poco menos. Creo que descubrir a una autora cuya conducta no era tradicional, sino bochornosa en ocasiones, me ayudó mucho. Me ayudó a salir del nido patriótico. Tuvo un gran valor para mí, lo reconozco”, concluye.